

El P. Quesnel, en su buena fe de jansenista, no se para en barras; acaba de dar á luz una acusacion profética contra la Compañía de Jesús, en la que va á demostrarnos en el cielo y sobre la tierra mas de un signo precursor de las tempestades. Refiere inmediatamente, y á consecuencia de la profecía atribuida á santa Hildegarda, el prodigio<sup>1</sup> que él solo habia justificado mas de un siglo después de su pretendida realizacion.

« El año de 1541, dice, y pocos meses después de la fundacion « de esta nueva Orden, se levantó de repente y en muchos para- « jes de Europa á la vez una inmensa multitud de langostas ex- « traordinarias. Pequeñas y sin alas en un principio, les fueron « naciendo poco á poco hasta cuatro, y crecieron hasta el grosor « y la longitud del dedo pulgar; eran tan innumerables, que for- « maban á veces una especie de nubes de la extension de una mi- « lla, y tan espesas que oscurecian la luz del sol. Estos insectos « hicieron grandes estragos por todas partes; devorando toda ve- « getacion hasta la raíz, volaban por encima de los árboles, de « las casas y de los edificios mas elevados, de donde se lanzaban « con fuerza sobre los trigos y sobre cuánto la tierra produce pa- « ra el alimento de los seres humanos; de suerte que no se habian « visto semejantes langostas desde la plaga con que Dios castigó « á Faraon y á los egipcios. Destruyeron, sin que se pudiese re- « mediar, toda la cosecha, y cuando murieron, á fines de otoño, « dejaron una inmensa cantidad de huevecitos negros, que pro- « dujeron, al año siguiente, un infinito número de gusanos que « sirvieron de alimento á los cerdos. »

La alusion es tan clara que no necesita comentarios: hemos referido los primeros años de la Sociedad de Jesús: restábanos para hacer evaluar lo que pueden las pasiones, citar semejantes fábulas, que deponen con tanta energía contra las aberraciones del espíritu humano.

en todas las cortes entregadas al filosofismo del siglo XVIII. En esta época se la ve citada en las *Novedades* de 1753, página 207; en las de 1759, pág. 61, y en la recopilacion de los diferentes procesos contra los Jesuitas, impresa en el mismo año.

<sup>1</sup> Historia de los religiosos de la Compañía de Jesús, tomo XI, página 72.

## CAPÍTULO IV.

Javier marcha á las Indias. — Predica en Mozambique. — Convierte al cristianismo á la isla de Socotora. — Los portugueses en Goa. — Su fausto. — Javier se opone á tanta depravacion. — Empieza ganando la confianza de los niños. — Cambia de aspecto la ciudad. — Javier en la costa de Pesquería. — En el cabo Comorin. — Los brahmanes. — Guerra de los bagades. — Triunfa de ellos Javier. — Resucita un muerto en Travancór. — Persecuciones del rey de Janapatan. — Carta de Javier al rey de Portugal. — Llega á Meliapor. — Se dirige á Malaca. — Predica en la isla de Amboyna. — Las Molucas. — La isla del Moro. — Su carta á Ignacio. — Coalicion de los reyes indios contra los portugueses. — Van aquellos á sitiarse á Malaca. — Javier la liberta de sus enemigos. — Parte para el Japon. — Aborda en Cangoxima. — Los bonzos. — Su culto. — Sus costumbres. — Llega á Amanguchi. — Sus padecimientos y predicacion. — El reino de Bungo. — Entrada solemne del Jesuita en la capital. — Forma el proyecto de penetrar en la China. — Visita á Goa. — Su carta al rey de Portugal. — D. Alvaro de Atayde se opone á su viaje á la China. — Pretende desembarcar solo en la costa. — Llega á Sancian. — Su muerte. — Honores fúnebres hechos en su memoria.

Juan III de Portugal, el principe mas afortunado de su siglo, habia encargado á D. Pedró de Mascareñas, su embajador en Roma, que solicitase del Papa seis de aquellos hombres apostólicos cuyo nombre se habia popularizado en Europa. Las armas portuguesas se habian franqueado un paso en las Indias orientales, y el rey Juan III deseó introducir en ellas el Evangelio para hacer participe al cielo de su conquista. Consultado Loyola por el soberano Pontífice, contestó que solo tenia dos individuos á su disposicion, y que los ofrecia con gusto á la Santa Silla y al rey de Portugal. Rodriguez marchó primero, y Francisco Javier reemplazó á Bobadilla, que era el segundo nombrado para esta expedicion, y que no pudo realizar por hallarse enfermo.

Acogió el Papa con transporte á Francisco, que se presentó á sus órdenes con el corazon rebotando de júbilo: habíale Ignacio designado el 14 de marzo de 1540 para su marcha; pero su celo no le permitió diferirla por mas tiempo, y tomando solo el que le bastó para remendar su sotana, salió de Roma el día siguiente.



En la entrevista que tuvo con Loyola el futuro apóstol de las Indias, le dijo aquel: «Aceptad la misión de que os ha encargado Su Santidad por mi boca, como si os la ofreciese el mismo Jesucristo, y alborozaos por haber hallado con qué satisfacer ese ardiente deseo que todos teníamos de transportar la fe del otro lado de los mares. No es ya solamente la Palestina, ni una provincia del Asia á la que se limita nuestra misión; extiéndese mas bien á tierras inmensas, á reinos innumerables y al mundo entero. Id, hermano mio, á donde la voz de Dios os llama, y á donde os envía la Santa Sede, procurando incendiarlo todo con el fuego de caridad que en vos arde: solo tan vasto campo pudiera ser digno de vuestro celo.»

El de estos primeros individuos de la Compañía era tan grande como su pobreza. Javier se dirige á regiones desconocidas, y no piensa ni aun en proveerse de las cosas mas esenciales á la vida. «¡Oh! Francisco, exclama Ignacio cuando observa esta desnudez, esto es demasiado, llevaos al menos un harapo de lana para cubriros;» y ordena al misionero que se vuelva á poner el chaleco con que abrigaba su pecho, y del que el Jesuita se habia ya despojado.

Uno de aquellos hombres marchaba para continuar en las Indias la obra que habia empezado el apóstol santo Tomás, y el otro le envia allá, no queriendo ambos ser bastante ricos para procurarse un doble vestido.

Francisco se puso en camino; atravesó la Francia y los Pirineos, sin consentir dar un último á Dios á su familia y á su madre, aun cuando se halló cerca de la casa paterna, porque temia que este tierno desahogo retardase su proyecto; llegó á Lisboa á fines de junio, y se vió obligado á retardar su embarco hasta la primavera siguiente.

Rodriguez y Javier, que á pesar de las instancias del Rey pasan á mendigar un asilo en el hospital público, y que se sostienen con las limosnas recogidas de puerta en puerta, no permanecen un solo instante en la inacción; vuelven á empezar en Portugal el género de vida que hacian en Bolonia, en Venecia y Roma; visitan los hospitales y calabozos; instruyen á los niños, y conducen los hombres á la virtud.

Las riquezas, que habian llegado como un tributo de los países nuevamente conquistados, habian diseminado en Portugal, y en

especial en Lisboa, un amor insaciable á los placeres y un esmero tan excesivo respecto al lujo, que nada era capaz de detener sus progresos. Los dos Jesuitas intentan poner un dique á este torrente, y á su voz abandonan los grandes sus apegos mundanos para adherirse á los preceptos del Evangelio; abrazando unos el Instituto, entregándose otros á los ejercicios espirituales, y entrando todos en una nueva senda.

Reconocido el rey Juan III, al observar los prodigios de conversión que realizan los Jesuitas hasta en su mismo palacio, manifiesta un vivo deseo de conservar en su reino á aquellos apóstoles; pero el infante D. Enrique, su hermano, y una gran parte del Consejo, se oponen al pensamiento del Monarca.

Eran ya las Indias una provincia agregada al Portugal, y para adherir á la metrópoli esta brillante conquista del gran Alburquerque, importaba enviar á ellas á unos hombres que estuviesen animados del espíritu de Dios: tal era el parecer del infante D. Enrique y del Consejo, que no fue sin embargo seguido. Pidió el Rey á Paulo III que dejase en su reino á los dos misioneros que en tan poco tiempo habian renovado sus costumbres. La Santa Sede no se atrevia á rehusarlo; pero adoptando Ignacio un término medio, propuso al Rey que se quedase Rodriguez, y que permitiese á Javier emprender su marcha para el Nuevo Mundo.

Este medio fue aceptado, y antes de separarse Juan del misionero, le puso en la mano cuatro breves apostólicos, solicitados por él de la corte de Roma, en que el Pontífice nombraba al Jesuita su nuncio apostólico en Oriente, y le otorgaba amplias facultades para difundir y sostener la fe en aquellas regiones.

Solo contaba la Compañía diez profesos, y este es ya el cuarto embajador que el Papa ha elegido.

El 7 de abril de 1541 salió del Tajo la flota mandada por D. Alfonso de Sousa, virey de las Indias, y después de una travesía de cinco meses en medio de borrascas y escollos todavía no conocidos, puso Javier el pié en la tierra de Mozambique. Estaban á fines de agosto, y el calor se hacia insoportable aun para los mismos portugueses.

Apenas desembarcado, continuó el Jesuita en el litoral africano la obra de regeneración á que habia consagrado todos sus momentos desde el instante de su embarcación. En el navío predi-



có á los marineros y á los soldados, haciendo saber en la costa á los negros que la habitan la buena nueva de Jesucristo.

La isla de Mozambique pertenecia anteriormente á los sarracenos, y linda con la region en que habitan los cafres. El ejército y los marinos se encontraban en una situacion deplorable; habian enfermado en el mar, y la insalubridad del país multiplicó sus dolencias; Mozambique era ya la tumba de los portugueses. Javier, á una con Pablo Camerino y Francisco Mansilla, dos compañeros que se habian agregado á su fortuna, se improvisa médico corporal, enfermero y consolador de los dolientes, así como hermano y servidor de aquellos á quienes el clima no habia agotado el valor: predica por el dia, y pasa las noches á la cabecera de los moribundos consolándoles y administrándoles, siendo para él el sueño algo menos que un pasajero reposo, que no le impedía escuchar los mas leves ayes exhalados por el dolor ó por el insomnio.

Hallábase el misionero en todo el vigor de la edad; vendria á tener treinta y seis años: de talla mediana y constitucion robusta, dejaba ver en sus facciones alguna cosa de augusta y majestuosa que inspiraba respeto y confianza: su frente espaciosa, sus ojos azules y expresivos, su tez animada y su paso en que se descubria cierto viso de su nobleza pasada, daban á toda su persona un conjunto de gravedad agasajadora que atraia los corazones.

El temperamento mas robusto no hubiera podido resistir á aquellos excesos de caridad; la naturaleza pudo mas que el sacrificio; vióse Javier atacado de una ardorosa fiebre, mas no por eso se permitió ningun descanso.

Por último, después de haber permanecido seis meses en Mozambique aparejó la flota, y quedándose Camerino y Mansilla para cuidar los enfermos que dejaban en la isla, acompañó Javier á D. Alfonso de Sousa, y después de una feliz travesía, abordaron en Socotora en frente del estrecho de La-Meca.

Este país, segun la opinion de los moros que le habitan, es la antigua isla de las Amazonas, y fundan su parecer en que mandan en ella las mujeres, como lo hacian aquellas en otro tiempo. La tierra es seca y estéril, el aire abrasador, y como si quisiera la naturaleza dar á estas poblaciones una débil imágen de la vegetacion, únicamente produce el aloé. Existia entre aquellos bárbaros una especie de culto tomado de todas sectas; pretendian ser

cristianos, amalgamando las prescripciones de Moisés con las leyes de Mahoma, y solo tenian del cristianismo la imágen de la cruz que en otro tiempo colocaron en su suelo. Javier ignoraba su lengua, que no tenia conexion alguna con las de Europa; pero esperaba iniciar á aquellos corazones agrestes en el recuerdo de un Dios muerto por la salvacion del género humano.

Púsose á catequizarlos por señas; y sea que se le hubiese comunicado el don de lenguas, ó que la conviccion que se dejaba ver en su semblante conmoviese á estos hombres medio salvajes, lo cierto es que acudian en tropel para verle y escucharle. Apenas salieron algunas palabras de su boca, cuando para darle una prueba de afecto se llegaron unos ofreciéndole frutos; otros presentándole sus hijos, y prometiéndole todos vivir y morir en la fe que les enseña; pero con la condicion de que permaneciese entre ellos.

Las lágrimas que inundaban los rostros de aquella multitud, y que justificaban la vivacidad de su afecto, enterneceñ á Javier; iba ya á ceder á sus instancias, cuando Sousa interceptó su deseo, sirviéndose de algunas razones que fueron para el Jesuita un aviso celeste: señalóle el Virey un campo mas vasto que deberia fecundar, y en que tendria mas peligros que arrostrar y naciones menos fáciles de convencer. Francisco se sometió: arrancándose á las lágrimas de aquellos primeros fieles, é inclinado sobre el navío que le separa de ellos, bendice aun desde léjos á los infortunados habitantes de Socotora que le tendian los brazos.

El 6 de mayo de 1542 se hallaron enfrente de Goa. Esta ciudad, situada de este lado del Ganges, es la capital de las Indias y una de las escalas del comercio de Oriente. El duque de Alburquerque la habia tomado á los sarracenos en 1510, y uno de sus parientes la gobernaba como obispo. Es verdad que Javier iba en calidad de nuncio apostólico, y como tal disfrutaba de todas las atribuciones y poderes que confiere la Silla apostólica; pero ante todo queria ser misionero sometido á la jurisdiccion episcopal, y esperaba de ella proteccion y ayuda.

Los portugueses habian introducido en las Indias con la victoria, la fe, que segun ellos decian, les aseguraba el dominio perpetuo: realizóse, á no dudar, la profecía de santo Tomás apóstol grabada para memoria de los siglos sobre una columna de piedra, no léjos de los muros de Meliapor, en el Coromandel. Los



primeros que penetraron en las Indias hicieron renacer en ellas el cristianismo; pero pronto cambió de objeto el celo de los conquistadores: habian llegado en nombre de Cristo y le habian anunciado á aquellas gentes; pero no tardaron en conocer ellos mismos que el yugo de la Religion era un obstáculo demasiado gravoso para poder satisfacer sus pasiones: bien pronto la ambicion los transformó en especuladores. Érales preciso dar rienda suelta á sus desarreglados instintos; cegábalos la sed del oro y la crápula; y para no evocar, aun en la apariencia de un culto, importunos remordimientos y una amarga censura de la vida á que se entregaban, se fueron poco á poco despojando de toda virtud y de todo pudor; legando á las naciones conquistadas ejemplos tales de corrupcion é inmoralidad, que los mismos salvajes se ruhorizaban de pertener al cristianismo.

Habian los portugueses desterrado ya de su seno la justicia y moralidad: los amos adquirian colosales fortunas, haciendo un infame tráfico con la prostitucion de sus esclavas; verificando sus crímenes con tanta mas libertad, cuanto que se hallaban autorizados á cometerlos por los mismos eclesiásticos que se asociaban á su depravacion. Habian llegado con objeto de fecundar aquel suelo idólatra, y orientarle en la religion del Crucificado con el espectáculo de una caridad ardiente; pero solo intentaron legitimar sus vergonzosos placeres y brutales satisfacciones, autorizando con su ejemplo toda clase de vicios. Sostenian aquellos sacerdotes degradados que era lícito y permitido despojar á los indios de sus bienes y someterlos al mas duro trato, «para que así «despojados de cuanto poseian, fuese mas fácil inculcarles la fe «por medio de los predicadores<sup>1</sup>:» la doctrina no podia ciertamente ser mas cómoda y ventajosa; ya se deja conocer que no temieron ponerla en práctica los portugueses y eclesiásticos.

Empero los indios, testigos y víctimas de semejantes excesos, procuraban sacar toda la parte que podian en tan general desorden; persuadidos de que la religion que habian inoculado en sus almas los vencedores era aun mas impura que la suya, acudian en masa á sus pagodas, tornando á ofrecer culto á sus ídolos. Adoraban al demonio bajo mil figuras obscenas; adoptaban por

<sup>1</sup> *Ut sic spoliati et subjecti facilius per praedicatores suadeatur eis fides.* (*De justis belli causis*, por Sepúlveda, canónigo de Salamanca é historiador de Carlos V.).

dioses á los animales mas inmundos, y ofrecian por todas partes sacrificios sangrientos. Para captarse el favor de sus deidades, no era raro ver á los padres inmolando á sus propios hijos sobre los altares erigidos por la ignorancia y conservados por el fanatismo.

Tal era la situacion en que se hallaban aquellas vastas y opulentas regiones, en otro tiempo tan célebres por las conquistas de Semíramis y Alejandro, al arribo del Jesuita. Su primer cuidado, así como su primer pensamiento, se encaminaron á remediar la depravacion que mancillaba á los Católicos. Javier, segun las instrucciones de Ignacio, empieza su apostolado por catequizar á los niños. Sabia bien que asegurar el porvenir era triunfar de lo presente, y por lo tanto se dedica con todo el ardor que le inspiraba el Altísimo á sustraer aquellos inocentes á los ejemplos de corrupcion que podian con tanta facilidad infestar sus tiernos corazones.

Vésele recorrer las calles y plazas de la ciudad con una esquila en la mano, estimulando á los padres de familia, en nombre del Dios que le alienta, á que envien sus hijos á la doctrina; y cuando ha logrado reunir en derredor suyo una inmensa multitud de niños, guia sus débiles pasos hácia la iglesia. Allí les habla del portal de Belen, y de Jesús enseñando entre los doctores; les pone ante su vista las imágenes que mas deben llamar su atencion é impresionar su débil cerebro, y valiéndose del acento persuasivo con que el cielo le dotara, les hace concebir el símbolo de los Apóstoles y los diez mandamientos con su explicacion y paráfrasis. Después de haberlos amoldado á su manera en la modestia y virtudes de su edad, los remite misioneros espontáneos, á difundir en el seno de sus familias el gérmen del cristianismo que han recibido.

Esta semilla produjo muy luego el fruto que Javier esperaba; muy en breve se agolpó un gentío inmenso para escucharle: la plaza de Goa, en que predicaba por no ser la iglesia bastante capaz para contener el gentío, estaba llena de portugueses é indios que ansiaban saber si el Jesuita merecia por su elocuencia el renombre de Santo, que ya se habia granjeado por su caridad con el prójimo y sus padecimientos. Empero Francisco, que anhelaba mas el ser entendido de todos, que lucirse entre los literatos por su verbosidad y facundia, renunció desde luego á lo armo-



nioso y culto del lenguaje oratorio, cuyas bellezas habia adquirido en la universidad parisiense, y se limitó á expresarse en el idioma toscano, pero usual, entre portugueses é indios.

Sabiase que Javier era docto é instruido en las bellas letras; por lo que al escuchar el lenguaje á que descendia, los sublimes efectos que produjera, la bondad que expresaba su rostro, los acentos del pesar y de la penitencia que hacia vibrar en los oidos de los circunstantes, y que de los oidos pasaban rápidamente al corazon, se conmovieron en breve los menos viciados, prometiendo abrazar la senda que les trazaba. El ejemplo de los primeros convertidos arrastró á los demás, y todos se reputaron felices de haberse reconciliado con Dios.

El espíritu de la ciudad cambió como por ensalmo: de un lado se veia á los unos que renunciaban á sus contratos usurarios; del otro, restituian los bienes mal adquiridos; aquí, rompian las cadenas de los esclavos injustamente retenidos; allá, despedian las concubinas y reformaban las costumbres: por todas partes, en fin, se esforzaban á introducir en sus familias las virtudes cuyo aprendizaje habian hecho bajo los auspicios del Jesuita. La sed del oro habia adulterado las costumbres de los portugueses, y ellos mismos lo lanzaban ahora á los piés del misionero, suplicándole lo invirtiese en obras de caridad. De este modo llegó Javier á llenar el objeto de su mision á la vista y en presencia del Virey, afortunado testigo de tantos prodigios.

Ya se hallaba Goa sometida á la influencia de Francisco; ya empezaba á ejercer las virtudes cristianas, cuando Miguel Vaz, vicario general de las Indias, hizo saber al Jesuita que se hallaba una costa entre el cabo de Comorin y la isla de Manar, á quien podia conducir la civilizacion y la fe: la costa designada por el Vicario era la de Pesquería.

Los paravas, sus habitantes, no tenian de cristianos mas que el nombre y el bautismo, porque el país es tan estéril y el clima tan ardoroso, que ningun sacerdote se habia resuelto á fijar en él su residencia; no viéndose jamás otros extranjeros que los que acudian á la pesca de las perlas.

Acompañado Javier de dos eclesiásticos nativos de Goa, que poseian el idioma malabar, único que se hablaba en aquella costa, se embarcó el 17 de octubre de 1542; rehusando aceptar los regalos y aun los vestidos que le presentó D. Alfonso de Sousa;

porque la pobreza era únicamente el tesoro que ambicionaba. Para ganar los pueblos á Jesucristo, no necesita Francisco riquezas ni esplendor, bástale solamente una cruz de madera y un breviario: no se dirige al centro de aquel país con el ánimo de torturar á los hombres para arrancarles con los suplicios el secreto de sus tesoros; la virtud es la única arma que va á emplear contra ellos, porque piensa establecer un imperio menos pasajero que el de la conquista material. «Los Jesuitas, dice el protestante Robertson, «son los únicos que entre todos los dominadores que asaltaron «aquellas comarcas con solo el objeto de despojar, encadenar y «hundir en el abismo á sus desgraciados habitantes, se establecieron en ellas con miras de humanidad' .»

El cabo de Comorin es una montaña escarpada que se introduce en el mar enfrente de la isla de Ceylan. Apenas ha tocado Javier en el cabo, cuando aquella tierra idólatra se siente conmovida hasta el centro de sus entrañas por el eco de su palabra; explícala á sus habitantes por medio de sus intérpretes; pero contestan aquellos paganos que no abandonarán el culto de sus deidades interin no lo verifique el jefe de quien dependen, y después de haberles otorgado su asentimiento.

Hallábase una mujer de aquella aldea sufriendo los mas atroces dolores de parto hacia ya tres dias; siendo inútiles las oraciones de los brazmanes y el poder de las medicinas para prestarle el mas pequeño alivio: aproximase el Jesuita á la futura madre: la explica los rudimentos de la fe; la ordena invocar el dulce nombre de Maria y poner en ella su confianza. La mujer llegó á enternecerse: veia ante sus ojos un extranjero que la compadecia, un incógnito que la hablaba de un nuevo Dios, hijo como él que ella llevaba en su seno, de otra madre, que á los ojos de esta mujer debia haber sufrido como ella en aquel terrible trance; y esta caridad, que solo se conoce su mérito cuando uno se encuentra en el infortunio, convenció su razon; pidió el agua del bautismo, le recibió, y dió á luz su hijo con toda felicidad. A este espectáculo, la familia toda se postra á los piés del misionero, quien la instruye y bautiza; sometiése igualmente á la fe la villa entera, y Francisco prosiguió su camino hácia Tutucurin.

No le habia por cierto engañado Miguel Vaz: la situacion de

<sup>1</sup> *Historia de Carlos V*, libro VI.